

LA BELLA PROVINCIA

Lo primero que escuchó al despertar fue el canto de los gallos, después el trino de las aves, y por último, las campanas de la iglesia que repiqueteaban llamando a misa. De un brinco saltó de la cama, abrió las contrapuertas de madera, dejó que el sol inundara su cuarto. Durante varios minutos permaneció extasiado con el paisaje que se dibujaba más allá de su balcón. Contempló, con placer, en la acera de enfrente, viejas casas coloniales, revestidas de cantera rosa, con amplios ventanales protegidos por rejas de hierro. Ya en la calle caminó por calles empedradas, se asomó a amplios patios llenos de flores y fuentes donde brillaban pequeños arcos iris. Levantando un poco la vista se deleitó con las torres y las bóvedas de diferentes iglesias que contrastaban con el azul intenso del cielo. La plaza principal verdeaba con tantos árboles y plantas. Más allá de los caseríos y de las iglesias se encontraba el campo, siempre verde. Daba gusto caminar en él, ver a los campesinos arar la tierra y las mazorcas llenas de granos. Era una bendición del cielo.

Qué diferencia con la gran ciudad. Allá todo estrecho, todo sucio, todo gris. Su departamento, que costaba el doble de renta que la casa en que ahora vivía, era muy pequeño. La casa tiene un patio, varios cuartos y un granero. Sólo le faltan más baños. Pero eso se puede arreglar.

Igual que los otros días volvió a comparar su vida de antes con la de ahora. Adiós tensiones, miedos, pérdidas de tiempo al trasladarse de un lugar a

LA BELLA PROVINCIA

otro. Comparó precios. Aquí todo era más barato y mejor, sobre todo la comida. En especial comparó su vida matrimonial de estos momentos con la que vivía hasta hace poco. Su mujer resplandecía al tener tanto tiempo para atender a la familia y a él. Sólo le faltaba, para ser totalmente feliz, volver a sus clases en una escuela. Pero eso sería pronto. El, que venía asustado por perder su clientela, vio que en muy poco tiempo se llenaba de ella, que sus servicios médicos eran requeridos por todos. De los hijos, ya no se diga. Ahora podían jugar en la calle, ir a todos lados sin que los tuvieran que acompañar.

¡Qué estúpido fui por no haberme cambiado antes de ciudad! Se decía una y otra vez. ¡ Son unos imbéciles!, le comentaba a su mujer, refiriéndose a todos los que seguían viviendo en la capital.. No sé cómo pueden vivir entre tanto ruido, tanta contaminación, tanta inseguridad. En santa hora nos decidimos nosotros al cambio.

Al anoecer, toda la familia, igual que las de los demás, se dedicaba a dar vueltas a la plaza escuchando a la banda municipal tocar valsos y polkas.

No había pasado ni una semana cuando ya todos los vecinos los saludaban al encontrarse con ellos. Más de cinco se ofrecieron para lo que quisieran. ¡Qué gente tan linda! Dijo ella. Así es, contestó él.

Al finalizar el segundo mes de vivir en este paraíso, así lo llamaron todos ellos, se sentó la familia alrededor de la mesa del comedor para evaluar su situación. El resumen fue de que valió la pena la separación de la familia y de los amigos, el cambio de las escuelas de los niños, la pérdida de la clientela, el rompimiento con sociedades médicas a las que ya no podría asistir. Una de las pérdidas que más sintieron fue la de la actividad cultural. Nada de conciertos, teatros o exposiciones. Pero esto lo compensarían con

LA BELLA PROVINCIA

libros y con videos. La conclusión fue que sus vidas habían ganado mucho con el cambio. Se felicitaron entre todos.

A los tres meses la mujer fue a solicitar un trabajo de maestra. Su currículum era muy amplio y su experiencia valiosísima. Jamás se imaginó que en la escuela oficial la rechazarían por no haber estudiado en la normal estatal, y, en la segunda, una escuela de monjas, después de no atender a su solicitud de entrevista tres veces consecutivas, la directora le informó que aunque sí necesitaba maestras, que Dios bien lo sabía, no la podía aceptar ya que ella no era católica. Ella dijo que sí lo era, que siempre lo había sido, que estaba bautizada, confirmada y había hecho su primera comunión, además de que se casó por la iglesia. No basta, dijo la directora. Usted, agregó, desde que llegó a esta ciudad no ha asistido a ninguna misa, no reza el rosario como deben hacerlo todas las mujeres, las veces que entra a la iglesia es para observarla igual que cualquier turista extranjero. Como usted verá, añadió, estoy perfectamente enterada y por ningún motivo voy a permitir que una libre pensadora, como usted, venga a perturbar las almas depositadas en este lugar para que nosotras las formemos como Dios y la Santa Iglesia nos ordenan. ¿Libre pensadora? Se atrevió ella a preguntar. Sabemos los libros que lee imprudentemente en la plaza pública, agregó la directora, nombrando varios títulos de ellos. Espero que nunca más vuelva a poner los pies en este lugar, concluyó la monja.

Jorge, su esposo, trató de calmarla, le dijo que era un mal entendido, que ningún vecino era capaz de ir con esa especie de chismes por la ciudad, que todos eran amables y nadie se metía en sus vidas. Le sugirió que pusiera un anuncio en el periódico local ofreciendo clases particulares y que vería que en pocos días iba a tener tantos alumnos que no se iba a dar abasto, que podía habilitar el granero como salón de clases.

LA BELLA PROVINCIA

Se equivocó totalmente. Nadie contestó al llamado. Posteriormente experimentó en carne propio que no sólo en eso se había equivocado. Cuando trató de ponerse en relación con algún colega para resolver un caso urgente de apendicitis se encontró con todas las puertas cerradas. Un médico anciano se digno platicar con él un momento. Con toda franqueza, le manifestó, tengo que decirle que la sociedad médica del lugar está sumamente molesta con usted por haber instalado su consultorio en una zona considerada como pobre y cobrar precios tan ridículos; mis colegas consideran que es una competencia desleal. Además, usted nunca solicitó ingresar a la sociedad médica local. Ahora ya es tarde para hacerlo, le aseguró, ya que no será recibido en ella. Le recomendó, por último, que cambiara su consultorio de zona y elevara sus honorarios, que de persistir en su actitud actual corría el riesgo de ser rechazado no sólo por los médicos sino por la sociedad, que sus compañeros buscarían algún error suyo para denunciarlo a las autoridades.

Valeria, la hija mayor, al ponerse una bota fue picada por un alacrán. Afortunadamente pudieron inyectarla a tiempo. Revisaron la casa encontrando múltiples insectos dañinos. La mandaron fumigar pero de nada sirvió. En pocos días reaparecieron las arañas, las cucarachas gigantes, los millones de hormigas y mataron otro alacrán. Ahora en el patio.

La vecina de la casa de enfrente vino a quejarse de Toño, su único hijo. Lo escucharon diciendo una grosería en la calle. Eso no lo podían permitir. Este es un barrio decente, agregó la mujer al retirarse.

Poco a poco, la personas antes tan amables, en especial las vecinas, fueron retirándoles el saludo. Ahora todos los miraban de soslayo cuando pasaban frente a ellos. Después murmuraban entre sí.

Es posible que si pidiera perdón por lo del hijo, si ella empezara a asistir a las juntas de las Hijas de María a la que invitaron al principio, y que

LA BELLA PROVINCIA

ella no aceptó pretextando falta de tiempo, y pudiera convencer a su marido de cambiar el lugar del consultorio, todo se arreglaría. Pero de sólo pensarlo todo su ser se rebelaba. ¡ Mochas y más que mochas! Las calificó a todas por parejo. Les voy a demostrar que yo puedo dirigir mi vida por mí misma sin necesidad de nadie.

Sólo Doña Carmen le permanecía fiel. Todas las tardes subía a tomar café con ella. Poco a poco empezó a platicar de las vecinas, de sus maridos, de sus hijos, de sus amantes, en fin, a chismosear de todos. Cecilia la paró en seco diciéndole que no le interesaba la vida de los demás. Doña Carmen se transformó en su más declarada enemiga.

Ella fue la que corrió el rumor de que la pareja, cosa cierta por otro lado, se paseaba desnuda por toda la casa y que toda la familia se bañaba junta. Lo que ya no era cierto era su añadido: Deben de hacer el amor entre todos.

Pocos días después se presentó la dueña de la casa, una mujer ya entrada en años, vestida toda de negro. Cortésmente les pidió que desocuparan su local ya que ella no aceptaba faltas a la moral, en caso de rehusarse se vería en la penosa obligación de llevar el caso al juzgado y, como quien no quiere la cosa, les dijo que su hermano era el juez penal. Terminó de hablar sin dignarse escuchar los argumentos de su inquilina que pedía alguna prueba de lo que acababa de decir. Añadió que para ellos estar desnudos no era nada malo, pero que de eso a lo otro...No pudo terminar. La señora se levantó y salió toda digna de la casa.

La indignación por este accidente creció al serles negadas sus solicitudes de renta o compra de casas o departamentos. En el mercado les ocultaban algunos productos, les subían los precios o les daban alimentos de menor calidad. La clientela del médico empezó a bajar notoriamente.

LA BELLA PROVINCIA

Posteriormente se enteró que corría un rumor de que un niño murió por su culpa siendo la verdad que ni siquiera conocía a ese paciente. Una mujer ahuyentó a las demás platicando que el doctorcito, como despectivamente lo llamó, se complacía en desnudar a las mujeres y explorarles sus partes sin necesidad.

Impotentes, sin tener a nadie a quién recurrir, a quién reclamar, vieron que sus sueños fueron cayendo uno a uno. En la escuela insultaban a sus hijos, los maestros los castigaban por cualquier cosa y por último les llegó una carta pidiendo que ya no los mandaran más, que la escuela no podía tenerlos como alumnos. No daban ninguna explicación.

Sólo el amor que se tenían, y la seguridad de que actuaban correctamente, los sostuvo los últimos días que pasaron en la ciudad. Antes de abordar el camión que habría de conducirlos de nueva cuenta a la capital contemplaron por última vez la atmósfera transparente, los cientos de árboles llenos de pájaros que cantaban al atardecer, las campanas que tocaban a Gloria, los bellos edificios coloniales y a los cientos de personas que se saludaban amablemente.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999